

Siembra y cosecha

La agricultura es hermosa. Dios mismo determinó que el ser humano labrara la tierra para su subsistencia. De la naturaleza aprendemos valiosas lecciones. El agricultor siembra y cosecha, luego, se regocija al observar los resultados de su esfuerzo.

Al participar en la evangelización, experimentamos una satisfacción que transforma la vida y nos lleva a la acción. El Salmo 126: 5-6, dice: «Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla, pero al volver vendrá con regocijo trayendo sus gavillas».

Compartir nuestra fe es una misión divina y cada creyente ha de estar comprometido con la predicación del evangelio. Adquirimos este compromiso cuando aceptamos a Jesús por medio del bautismo. La misión es sembrar la semilla del evangelio. La Biblia declara que no es fácil, porque existe un enemigo que estorba la misión.

Aun así, el mayor regocijo que un verdadero discípulo de Jesús puede experimentar se produce cuando este trae las gavillas, los

manojos de la cosecha; cuando la semilla está madura y es cosechada.

Dios nos ha llamado para esta hora. Que nuestro compromiso sea: «A cada uno se le ha asignado una obra, y nadie puede sustituirlo. Cada uno tiene una misión muy importante, que no puede descuidar o ignorar, pues su cumplimiento implica el bienestar de algún alma, y su descuido el infortunio de alguien por quien Cristo murió» (*Servicio cristiano*, cap. 1, p. 14).

El Señor nos invita a participar en el cumplimiento de la misión. Somos nosotros los que hemos de terminar la obra. Él podría llamar a otros, pero hoy nos extiende una invitación. Tenemos talentos que Dios nos concedió y que han de usarse para el avance de la obra.

¿Estamos dispuestos a aceptar el llamamiento de Dios esta mañana?

Simeón Hernández,
Director de Escuela Sabática
Unión Mexicana del Sureste